

Pablo Javier Schamber y María Eugenia Bordagaray

Notas acerca de la experiencia del Centro de Acopio de residuos reciclables

(AMBA, 1999-2006)

Introducción

Contar con recursos técnicos y financieros que permitan concentrar el acopio individual de materiales reciclables, trascender a los intermediarios y mejorar las condiciones de comercialización negociando directamente con la industria que los recicla son aspiraciones vigentes y ampliamente compartidas por distintos sectores vinculados a la problemática de las cooperativas de recolectores informales de residuos (“cartoneros”), entre los que se incluye a los propios referentes de organizaciones cooperativas, funcionarios y técnicos puestos a planificar políticas públicas, miembros de organizaciones no gubernamentales, académicos, etc. Sin embargo, incluso para la mayoría de ellos, resulta muy

poco conocido el hecho de que tal tipo de acción colectiva efectivamente tuvo lugar en los hechos. En efecto, una experiencia semejante fue protagonizada por una veintena de cooperativas de cartoneros bajo el impulso de una federación o cooperativa de segundo grado (el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, IMFC) entre los años 1999 y 2006 en el ámbito del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Ese organismo primero sirvió como espacio de encuentro, intercambio de experiencias y apoyo técnico para realizar los trámites necesarios y obtener el reconocimiento jurídico estatal a distintas iniciativas como “cooperativas de cartoneros”, luego se constituyó en el nexo para que el Banco Credicoop otorgara créditos a algunas de ellas y, más tarde, se puso al frente de

la organización y administración de un Centro de Acopio (CA) a través de cual se procuró alcanzar el objetivo antes mencionado. El propósito de este trabajo es rescatar del olvido esa experiencia, describir hasta donde resulte posible mediante testimonios y documentos sus principales características y analizar las razones de su desenlace.¹

Las consideraciones de los cuatro referentes de las más de veinte cooperativas que hemos identificado participaron de la experiencia; no pretende ser cualitativamente representativa de ese universo, aunque la selección responde (en parte) al protagonismo que tuvieron para llevar adelante las acciones objeto de este análisis. Además, se trata de casos que obtienen su reconocimiento

jurídico gracias a la asistencia técnica del IMFC.²

El IMFC y su refundación: a cooperativizar cartoneros

El IMFC fue fundado en el año 1958 en la ciudad de Rosario, tanto por integrantes de pequeñas cooperativas de crédito como por militantes provenientes de los partidos políticos tradicionales y de la militancia sindical.³ El objetivo fue constituirse como espacio de formación y cohesión de cooperativas, por medio de la promoción y la educación cooperativa, otorgando créditos para las pequeñas y medianas empresas que lo solicitaran. Por medio

¹ El presente artículo fue realizado en el marco del proyecto de investigación PDTS-CIN-Conicet asentado en la Universidad Nacional de Lanús y la Universidad Nacional de Quilmes (PDTS N° 594, 2015-2017) titulado "Ambiente, industria e inclusión social. Encadenamientos productivos ligados al reciclaje de residuos sólidos urbanos en el Conurbano Sur". El proyecto está dirigido por Pablo Javier Schamber; M. E. Bordagaray se desempeña como becaria posdoctoral de este. Este trabajo debe leerse como una primera aproximación sistemática sobre aquel hecho, que aspira a servir como impulso a futuros aportes. A poco de andar, advertimos que las relaciones personales entre quienes protagonizaron la experiencia objeto de este análisis no quedaron en general en buenos términos. Durante la investigación de campo encontramos a veces reticencia entre los informantes para expandir o ampliar detalles, y otras veces mutuas acusaciones graves. Agradecemos a los cooperativistas que nos brindaron sus testimonios y colaboración para la consecución de este trabajo: Jorge Olmedo de la Cooperativa del Oeste; Carlos Martínez de El Orejano; Virginia Pimentel de Re.Na.Ser y Valentín Herrera de Reciclando Sueños. Asimismo, destacamos la asistencia de Patricia Arpe y Edgardo Form del IMFC.

² Tanto las cooperativas Nuevo Rumbo como El Ceibo, referencias en el sector, participaron en distintas instancias en el ámbito de la organización propuesta por el IMFC, pero su conformación es previa y esta característica las diferencia de los casos que hemos seleccionado para relatar esta experiencia. Por otra parte, la situación actual de las cooperativas que estuvieron involucradas es heterogénea (algunas han desaparecido y otras se encuentran fortalecidas y funcionando como cooperativas de servicios ligadas al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires como "Centros Verdes"). Finalmente, de muchas otras cooperativas que pudiésemos haber considerado nos ha sido imposible el contacto con sus referentes, ya que se desarticularon y dejaron de existir activamente. Por último, el recorte de los casos también se define al circunscribirnos a la Ciudad de Buenos Aires y el AMBA (como veremos, el proyecto del IMFC incluía cooperativas de Rosario, Bahía Blanca, Pehuajó, Córdoba y otras ciudades intermedias de la provincia de Buenos Aires).

³ Si bien la relación entre el IMFC y el Partido Comunista (PC) no ha sido abordada por la historiografía consultada, algunas investigaciones dan cuenta de los modos en que militantes comunistas se incorporan a la acción cooperativa desde la fundación del IMFC en 1958 en la ciudad de Rosario. Si bien estos estudios describen una heterogeneidad de ideas y personas que militan por causas sociales, sindicales o en partidos políticos tradicionales (como el Partido Demócrata Progresista de Santa Fe) que confluyen en las acciones dentro del IMFC (Plotinsky, 2007; Martínez Fernández, 2015), es Floreal Gorini (sostenedor y principal referente del IMFC desde los inicios

de estas acciones, se buscó fortalecer su capital social, y simultáneamente conformar cajas de crédito para sectores medios de la sociedad, fundamentalmente pequeñas empresas, tanto urbanas como rurales (Plotinsky, 2003). Con posterioridad, el IMFC impulsó la creación del Banco Credicoop, que hoy cuenta con filiales en todo el país. El IMFC se afincó en la Capital Federal en 1960 y también se expande hacia otras ciudades del interior del país. En el ámbito del IMFC funciona también el Instituto de la Cooperación (Fundación de Educación, Investigación y Asistencia Técnica –Idelcoop–), centro de investigación y educación en cooperativismo y economía social, desde el año 1973.⁴ En el año 2005 se inaugura el Centro Cultural de la Cooperación (CCC), un reconocido ámbito de actividades cul-

turales, sociales, archivo y biblioteca de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

En 1998, al cumplirse los cuarenta años de su fundación, el IMFC declara su “refundación”, en el sentido de una nueva orientación que parece haber sido definida por la situación social y económica que atravesaba la Argentina de fines de siglo.⁵ El acompañamiento y financiamiento a nuevos colectivos y emprendimientos sociales, que intentan construir proyectos laborales y productivos alternativos y conformar nuevas cooperativas frente a la desocupación reinante, son el objetivo que persigue el IMFC en esta nueva etapa (ACI Américas-IMFC-Idelcoop, 2003). Con financiación a través de microcréditos, el IMFC persigue en esta nueva etapa la conformación de una red de cooperativas orientadas a la transformación social y a la crítica y

hasta su muerte, y también figura representativa del comunismo argentino que se desempeñó como diputado nacional por dicho partido entre los años 1995 y 1997) quien confirma la existencia de al menos un miembro del PC participante en la conformación de cada uno de los primeros grupos cooperativos: “Casi ninguna de esas cooperativas se fundó sin la presencia de por lo menos un comunista que llevaba la idea, pero no éramos solo los comunistas. Había gente sin partido, con vocación social, con vocación solidaria, con conocimiento de las ventas. Había presencia de peronistas, radicales... estaban en la sociedad, estaban en la cooperativa. Si la mayoría en la sociedad eran radicales y peronistas, también eran mayoría en el movimiento cooperativo. Pero como forma orgánica, solo los comunistas y los demócratas progresistas. En Santa Fe, los dirigentes de base [...]” (Plotinsky, 2007, p. 193). La acción antimonopólica propuesta por medio de la creación de pequeños organismos de crédito, la federalización de las acciones cooperativas y la alternativa a un sistema bancario y económico “avasallador” junto a una alianza de los sectores de la pequeña burguesía y la clase trabajadora representan algunos de los ítems fundamentales en los discursos, actas y presentaciones del IMFC desde su fundación y son bandera de lucha del Partido Comunista Internacional desde 1935 (Plotinsky, 2007; Arévalo, 1983; Camarero, 2001).

⁴ “El Instituto de la Cooperación –Fundación de Educación, Investigación y Asistencia Técnica– es una entidad civil, sin fines de lucro, creada por el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, con el objeto de promover, realizar y estimular la educación y capacitación cooperativa y los estudios e investigaciones destinados al adelanto y difusión de la doctrina cooperativa, de su práctica y de las ciencias y técnicas vinculadas a ella. Inició sus actividades el 12 de octubre de 1973”, en <<http://www.idelcoop.org.ar/historia#sthash.ZXbINdAL.dpuf>>.

⁵ Es extensa la literatura sobre las consecuencias de las políticas macroeconómicas implementadas en la Argentina que desembocan en una de las crisis políticas, económicas y financieras más severas de su historia. La mayoría de los indicadores de actividad económica coinciden en mostrar una reversión de la tendencia ascendente y el inicio de una profunda recesión en la Argentina a partir de 1998, cuando también bajan los precios de las exportaciones y se revierte la tendencia internacional de capitales hacia los países emergentes, cae la recaudación fiscal, crece la pobreza, el desempleo y la exclusión social. Un buen resumen al respecto puede encontrarse en Svampa, 2005.

acción transformadora del sistema capitalista. En palabras de Floreal Gorini, uno de los fundadores y presidente del IMFC hasta su muerte en el año 2004, el fin último de la acción cooperativa es el cambio cultural.⁶

Como puede advertirse, a diferencia de las cooperativas de crédito, de salud y de seguros que componen los grupos cooperativos impulsados financieramente por el IMFC y Credicoop en el período anterior, la propuesta para este momento de crisis histórica-estructural que atraviesa la Argentina se inclina hacia otro sector social:

Recolectores de residuos, zapateros, panaderos, agricultores, cocineras... Oficios diferentes que tienen algo en común: participan de un conjunto de nuevas cooperativas. Impulsadas por el Instituto Movilizador, que se propone –en una etapa de refundación inaugurada hace tres años– salir al cruce de la compleja realidad argentina con ideas concretas y viables (*Acción*, N° 850, enero de 2002, pp. 8 y 9).

Cartoneros y recolectores de residuos son los principales sujetos a quienes se apela en esta nueva etapa, en pos de organizar, capacitar y fortalecer la acción solidaria y la mejora de sus condiciones de vida por medio de mayores ingresos económicos en base a su actividad. Pero la fortaleza del movimiento cooperativo y el cambio cultural propuesto, según Gorini, está en unirse a otros movimientos sociales, principalmente al de los trabajadores organizados en sindicatos,

a los pequeños y medianos empresarios organizados en asociaciones de PyME y cámaras de pequeños empresarios, así como también a la intelectualidad (*Idelcoop*, vol. 31, N° 152, 2004).

De acuerdo a lo descripto, el interés de la institución responde, en primer lugar, a la acción concreta en el campo político por medio de la organización y formación de los colectivos populares que identifican, se encuentran en un proceso de construcción y definición. En este sentido, el IMFC reconoce las trayectorias, aunque breves, de algunas asociaciones de trabajadores cartoneros y percibe allí la posibilidad de apadrinamiento y promoción por medio de la generación de proyectos productivos para el sector. Como veremos, el presupuesto de lazos de solidaridad y de intereses comunes entre quienes se encuentran en situación de exclusión social perfilará fuertemente el proyecto dirigido por el IMFC y definirá también la interpretación acerca de los problemas que aparecen en el devenir de la acción colectiva y asociativa encarada.

La formación de las cooperativas y la Mesa Coordinadora de Recolectores

De entre todas las modalidades de asociatividad existentes, la figura de la cooperativa ha sido y es el modo preponderante de organización de cartoneros y recuperadores a lo largo y ancho del país desde mediados de la década de 1990 y

⁶ Floreal Gorini (1922-2004). Gerente general del IMFC (1973/1992) secretario (1992/1998) y presidente del Consejo de Administración (desde 1998). Fue dirigente sindical bancario y diputado por el Partido Comunista. Fue, asimismo, el fundador y primer director del Centro Cultural de la Cooperación, que hoy lleva su nombre.

hasta la actualidad. La Alianza Cooperativa Internacional (ACI) define a una cooperativa como “[...] una asociación autónoma de personas que se han unido voluntariamente para satisfacer sus necesidades y aspiraciones económicas, sociales y culturales comunes, por medio de una empresa de propiedad conjunta y democráticamente gestionada”. Así como el IMFC tenía experiencia en la formación de distintos tipos de cooperativas, en este caso la propuesta a los recuperadores, es la de conformación de cooperativas de servicios. Es posible situar históricamente el crecimiento del número de cooperativas de cartoneros en el período que coincide con las acciones concretas del IMFC tendientes al acompañamiento y formalización de estas ante el Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES).⁷ Sin embargo, ello no significa que el predominio de esa figura jurídica en el sector se deba solamente a su injerencia. Sobran ejemplos de cooperativas de recuperadores que preceden en su constitución al impulso dado por esta institución, tales como los casos de El Ceibo en la Ciudad de Buenos Aires y Nuevo Rumbo en Lomas de Zamora (Paiva, 2006; Schamber, 2007; Algacibiur y Schamber, 2008), y de las que se organizaron de modo independiente a dicho aliento. Incluso, algunos de los referentes ligados a la experiencia que aquí se analiza recordaron que la idea de conformar una cooperativa era anterior al contacto con el IMFC,

pero los trámites exigibles para crearla no habían podido concretarse hasta ese momento.

Sobre los inicios de la vinculación entre el IMFC y las cooperativas en formación son coincidentes los testimonios de los protagonistas consultados. Edgardo Form, quien fuera gerente del IMFC, refiere que

[...] el vínculo se generó a partir de dirigentes de nuestro movimiento que tenían contactos formales o informales con los recuperadores, ya sea que estuvieran organizados de alguna manera o bien que actuaran individualmente (entrevista de los autores a Edgardo Form, 2015).

En varios casos, el primer vínculo se establece con las filiales locales del Banco Credicoop por medio de consejeros o militantes del PC, en otros por conocidos, vecinos del barrio o familiares que tienen algún tipo de experiencia o participación en cuestiones sociales o políticas, y brindan información sobre las acciones que en aquel momento se llevaban a cabo en el IMFC.

Estos primeros encuentros a los que hacen referencia todos los entrevistados, que comienzan hacia fines de 2000, son recordados por Form como una instancia de capacitación en economía solidaria y gestión cooperativa. Además de Edgardo Form y Floreal Gorini (presidente del IMFC) aparecen otros nombres en los relatos y en las fuentes escritas: Vicente

⁷ El anterior Instituto Nacional de Acción Cooperativa y Mutual (INACyM) se transforma en el año 2000 en lo que hoy es INAES. Según el Decreto 721/2000 en su artículo 9, es función del INAES “Dictar resolución definitiva en lo atinente al reconocimiento de Asociaciones Mutuales y Cooperativas efectuando el otorgamiento, denegatoria o retiro de la personería jurídica para su funcionamiento, como así también su superintendencia y control público”. Esto implica que el reconocimiento formal de las cooperativas es tramitado frente a este organismo, y es aquí donde se reconoce su personería jurídica.

Barros, consejero de la sucursal Villa Insuperable del Credicoop, luego vocal y secretario del IMFC, es el principal referente del “Proyecto Cooperativas de Cartoneros” y en ocasiones es mencionado como responsable de la Mesa Coordinadora de Recuperadores que se inaugura durante las primeras reuniones. De acuerdo a los datos que nos han brindado los entrevistados, Barros era dueño de una pequeña empresa de plásticos que fabricaba descartables (como cucharitas de helado) y carcasas de televisores. Su participación resulta sustancial tanto para reunir a los grupos precooperativos, organizar la Mesa Coordinadora de Recuperadores y servir de nexo con el IMFC, el Idelcoop y el Banco Credicoop, como más adelante para gestión, administración y organización laboral del centro de acopio. Por otro lado, era quien visitaba a los cartoneros, quien iba casa por casa, y quien conocía a todos los miembros de las cooperativas y la tarea que llevaban adelante. Un entrevistado lo definió como “la cabeza del proyecto” (entrevista de los autores, 2015). Jorge Speroni, contador y secretario del IMFC, es otro de los referentes para los grupos cooperativos, ya que era el encargado de llevar adelante los trámites necesarios para la formalización de las cooperativas en procura de su matriculación en el INAES.

Según los entrevistados, los primeros referentes de cooperativas de cartoneros que acuden al IMFC durante el año 2000 son representantes de la cooperativa Re.Na.Ser (Recuperar Naturalmente y Servir, de La Matanza), El Orejano (General San Martín) y El Ceibo (en ese momento, la única cooperativa ya existente del grupo, localizada en

el barrio de Palermo de la Ciudad de Buenos Aires). Luego se irán sumando otros referentes y cooperativas hasta conformar la Mesa Coordinadora de Recolectores, que se reunía regularmente los jueves a la tarde en la sede del IMFC en la Ciudad de Buenos Aires. A medida que se van logrando las matriculaciones ante el INAES, cada grupo le dará forma a un proyecto de desarrollo específico donde quedan plasmadas las necesidades de crédito solicitado al Banco Credicoop. En algunos casos, se ponía énfasis en la necesidad de crear mejores condiciones para la compra de los materiales a los recolectores de la zona, mientras que en otros, el objetivo era mucho más amplio: la mejora de las condiciones de vida, salud, la educación de la gente de su respectivo barrio que se dedicaba a la recolección, y se mencionaba que este “cambio social –evitaría– generaciones de cartoneros” (entrevistas de los autores, 2015). En otros proyectos, los cooperativistas defendían la noción de que la tarea de los recuperadores era un trabajo a través del cual se prestaba un servicio público, que entonces debía ser reconocido por el Estado y la sociedad en general.

En este sentido, Barros asume que “[...] Cuando pensamos desde el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos en formar cooperativas, pensamos en cómo desarrollarlas, asistir las y acompañarlas, darles educación cooperativa; de lo contrario sería condenarlas al fracaso. Les suministramos los fondos para que se desarrollen y puedan construir, y luego de la devolución del dinero al Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, las cooperativas se quedan con el excedente y la posibilidad de comenzar inmediatamente otro proceso

exactamente igual [...]” (*Idelcoop*, vol. 31, N° 152, 2004, p. 11).

Una vez definido el modelo de cooperativa, en este caso la de servicios, comienzan las capacitaciones con profesionales y docentes del *Idelcoop*, tanto en el IMFC como en las sedes de los grupos. Estas capacitaciones abordaban temas jurídico-contables (para administrar una cooperativa), técnicos (en torno a los materiales y los modos de recuperarlos, tratarlos y prepararlos para la venta), y también se proponían lecturas sobre temas sociales y políticos: “Leíamos sobre Rochdale”, comentó un entrevistado.⁸ Al mismo tiempo, comienza también la publicidad de las actividades y de la organización del IMFC con respecto al sector cartonero por medio de *Acción*, revista quincenal editada por el IMFC. En sus páginas es posible encontrar las actividades realizadas por las tres instituciones (IMFC, *Idelcoop* y Banco *Credicoop*) junto a notas escritas por economistas, intelectuales y políticos pertenecientes a algunas de las tres instituciones. En enero de 2002 aparece la primera referencia, dando cuenta de un grupo de trabajo ya consolidado representado por Virginia Pimentel, Vicente Barros, Jorge Speroni, Edgardo Form y Floreal Gorini (*Acción*, N° 850, enero de 2002). Vicente Barros, en ese momento prosecretario administrativo

del IMFC, es también quien dirige la Mesa Coordinadora de Cartoneros.⁹ Según él, la función del IMFC no se agota en el financiamiento por medio de microcréditos para que las cooperativas que se conforman puedan comenzar con el acopio, el alquiler de locales para lograr mayor espacio de acopio o la compra de maquinaria. También se trata de acompañar a los cooperativistas a entrevistarse con funcionarios municipales y coordinar políticas de inclusión del sector con diferentes autoridades municipales (*Acción*, N° 850, enero de 2002).

Para el año 2002, hay 11 cooperativas de recolectores registradas ante el INAES por medio del IMFC. Según relatan los entrevistados, el técnico administrativo del IMFC que se encargaba de la conformación de los estatutos, la matriculación y el cumplimiento de los requisitos legales para cada una de las cooperativas en algunas ocasiones se incluía a sí mismo y/o a desconocidos como miembros de los grupos, para ayudarlos a alcanzar la cantidad necesaria para poder inscribirlos como cooperativas (mínimo de entre 7 y 10 integrantes): “Nosotros éramos pocos o sea, no podíamos ser cooperativa. Entonces –el técnico– trae gente de los movimientos de desocupados para hacer número” (entrevista de los autores, 2015). Recordemos que en los inicios de

⁸ Rochdale es una ciudad localizada en el Gran Manchester (noroeste de Inglaterra). El origen del cooperativismo remite a la experiencia llevada adelante allí en el año 1844 cuando 28 obreros textiles son despedidos de la fábrica por realizar una huelga, y en consecuencia crean el primer almacén cooperativo con el aporte de 28 peniques cada uno. Crean sus estatutos, haciendo hincapié en la acción solidaria y responsable de sus miembros, plasmando allí lo que se conoce como “Carta de Cooperación”.

⁹ Los modos de nombrar al grupo fueron cambiando, y no hemos encontrado regularidad ni referencias al porqué de esta indefinición. En algunos casos, figura el de Mesa Coordinadora de Cartoneros, otras como Mesa Coordinadora de Recolectores de Capital y Gran Buenos Aires, Mesa Coordinadora de Recolectores o Mesa Coordinadora de Cooperativas de Provisión de Servicios de Recolectores.

esta nueva etapa de “refundación” del IMFC, el apoyo en la consolidación de los movimientos de desocupados con miras a su cooperativización es simultánea a la conformación de la Mesa Coordinadora de Cartoneros. Es por ello que en distintos momentos de la experiencia relatada por los entrevistados aparecen referencias como “traían gente de afuera” o “gente que ellos tenían”, pero era algo a lo que los cooperativistas no oponían mayores resistencias, dado que resultaba necesario a su reconocimiento jurídico como cooperativa, paso obligado para obtener un crédito posterior. Los entrevistados también reconocen que el IMFC impulsó la conformación de nuevos grupos cooperativos, es decir, no necesariamente ligados a los que habían formado parte de la experiencia inicial, y ello implicó que se agrandara el número de integrantes de la Mesa Coordinadora con “amigos” o “conocidos”. Este sería el caso, por ejemplo, de la cooperativa Alicia Moreau de Justo.¹⁰ No obstante, ocasionalmente las autoridades de la Mesa Coordinadora eran elegidas por todos los miembros participantes, incluyendo referentes de las cooperativas y miembros del IMFC.

A medida que la problemática de los cartoneros ingresa en la agenda de los gobiernos locales de la Argentina, fundamentalmente durante los años 2002 y 2003, fueron varias las presentaciones, impulsadas y financiadas por el IMFC,

en las que se expuso sobre la experiencia que venía desarrollando la Mesa Coordinadora. En general, en estos congresos o encuentros, los referentes de las cooperativas exponían sobre sus orígenes y el proyecto que compartían. En ocasiones, de este modo, conocían las realidades en la organización asociativas de los cartoneros de otros países.¹¹

El funcionamiento del Centro de Acopio (CA)

Todas las cooperativas debían abrir una cuenta en la filial del Banco Credicoop de su respectiva zona, requisito necesario para el giro del crédito inicial que sería devuelto con mínimos intereses luego de un tiempo de gracia, como posteriormente para las transacciones comerciales vinculadas al CA. El IMFC pretende de este modo que cada cooperativa tenga materia prima suficiente y en stock para el momento de comenzar el funcionamiento del CA. Los adelantos o préstamos fueron otorgados en distintos momentos y con diferentes fines de acuerdo a las necesidades y proyectos de cada cooperativa. El Orejano recibió 10 mil pesos, con lo que acondicionan un espacio para el acopio en la vivienda de su presidente e hicieron las primeras compras. Re.Na.Ser recibe un desembolso para señalar y pagar una parte del alquiler mensual de un galpón en La

¹⁰ Formada por mujeres vinculadas a una escuela de Lavallol (desempleadas, docentes, profesionales, madres de alumnos). Destacamos el trabajo de Paiva (2004) que recupera la historia de esta cooperativa.

¹¹ Al Primer Encuentro de Recuperadores de Materiales Reciclables realizado en Caixas do Sul en agosto de 2002, además de Barros viajaron con financiamiento del IMFC Hugo Oliva (Cooperativa Carpamet), Néstor Jiménez y Mario Veliz (Villa Malaver), Alejandro Casquet (Almafuerte), Jorge Magallanes (Caminito), Jorge Soler (El Orejano), Virginia Pimentel (Re.Na.Ser) y Ricardo Berardi (9 de octubre). *Revista Acción*, N° 866, septiembre de 2002.

Matanza.¹² También le fue otorgado en calidad de préstamo el dinero necesario para la compra de una prensa de papel. Por otro lado, durante los ocho meses que la cooperativa vendió al CA, el IMFC aportaba mensualmente para el pago de sueldos de los operarios locales. Los fondos girados a las cooperativas para alquiler, compra de material o salarios para personal, no estuvieron condicionados por la especificación de mayores requisitos respecto a condiciones de higiene y seguridad mínima requerida en este tipo de tareas, seguro médico y laboral para trabajadores, etc. Las cooperativas quedaban en libertad de acción en este sentido.

El CA estaba ubicado en la calle Fleming 2190 de Villa Zagala, partido de Gral. San Martín (límite con la localidad de Munro), y tenía una superficie de 840 metros cuadrados. Al momento de su inauguración, en los primeros días del mes de octubre de 2003, disponía de una máquina prensadora, una unidad de acarreo y elevación de mercadería, aparejo, altillo metálico, balanza y una rampa para facilitar la carga y descarga. El armado de la estructura y la instalación de la maquinaria fueron obra de empresas organizadas cooperativamente (*Acción*, N° 891, 2003, p. 10). El capital invertido para que estuviera en condiciones de funcionar fue aportado por el IMFC, aunque posiblemente también hayan contado con financiamiento externo.¹³ En cuanto a las características de usufructo del galpón, algunos en-

trevistados refieren que esa propiedad le pertenecía al Banco Credicoop como resultado del embargo realizado a una empresa deudora, mientras que otros indicaron que la propiedad pertenecía a uno de los asociados del IMFC, consejero del Banco Credicoop.

Según la crónica de *Acción*, las cooperativas que participan de la experiencia del CA son alrededor de 20: Caminito, de la Boca; Reciclando Sueños y Reconquista Solidaria, de Villa Soldati; Del Oeste, de Liniers; Arco Iris, de Villa Cildañes; Re.Na.Ser de La Matanza; Alicia Moreau de Justo, de Lavallol; Villa Malaver, de Moreno; La Reconquista, de Tres de Febrero; La Esperanza y Abriendo Caminos, de Quilmes; El Orejano, de San Martín; La Sureña, de San Francisco Solano; Horizontes del Pilar, Carros Unidos de Campana; Carbome, de Pehuajó; Los Cerritos, de Bahía Blanca y entidades de Rojas y de Córdoba (*Acción*, N° 891, octubre de 2003).

La relación entre el IMFC y las cooperativas en torno a la organización del CA fue plasmada en un convenio. Sintéticamente, este establecía que las cooperativas se encargaban de recolectar el material reciclable para luego entregarlo clasificado y pesado al galpón puesto a disposición por el IMFC; este último cubría todos los gastos del galpón (alquiler, transporte de materiales, servicios, impuestos, seguros, mantenimiento). El tercer día hábil posterior a la entrega de los materiales, el IMFC abonaba a cada cooperativa un

¹² A comienzos de 2004, la cooperativa Re.Na.Ser se disuelve y Jorge Olmedo (Cooperativa del Oeste), por intermedio de IMFC, se hace cargo de la continuidad del contrato de alquiler del galpón que ocupaban en La Matanza.

¹³ Como por ejemplo del Centro Cooperativo Sueco y de la Alianza Cooperativa Internacional (ACI Américas-IMFC-Idelcoop, 2003). Otros documentos dan cuenta de un subsidio por parte del INAES.

monto en concepto de anticipo sobre el valor final de venta. Dicho monto debía calcularse a partir de un precio igual al precio de mercado del intermediario (establecido semanalmente en las reuniones de la Mesa Coordinadora). Los recursos humanos necesarios para el trabajo en el CA surgían de entre los socios de las cooperativas y su cantidad estaba en relación con los volúmenes a operar. El IMFC adelantaba a las cooperativas los importes correspondientes a los ingresos de estos asociados. Las ventas mayoristas por cuenta y orden de las cooperativas quedaban a cargo del IMFC. La diferencia entre la venta mayorista y lo abonado a cada cooperativa en calidad de anticipo se distribuía 70% para las cooperativas y 30% para el IMFC. Al realizar la liquidación, el IMFC descontaba sobre el porcentaje correspondiente a las cooperativas, un valor correspondiente a la devolución del préstamo efectuado para que cada cooperativa pudiese comenzar a operar, y los jornales adelantados a los socios por el trabajo en el CA.¹⁴

La venta de lo acopiado por cada cooperativa y el pago por parte del Instituto se realizaba, generalmente con frecuencia semanal (Idelcoop, 2004). Según Barros, siempre hubo un adelanto a cada cooperativa para poder comenzar con la cadena. El adelanto por material entregado y aún no vendido también tiene su asiento en los registros del IMFC. Sin embargo, hemos advertido significativas diferencias entre los entrevistados respecto del modelo de organización que se desprende del articulado del convenio citado precedentemente, la plani-

ficación acordada en el seno de la Mesa Coordinadora, y el modo real de funcionamiento del CA. Dichas diferencias pueden agruparse en torno a diversos ejes, que desarrollamos a continuación.

Sobre la administración y los operarios del Centro de Acopio

La planificación de la organización y administración del CA fue discutida en el seno de la Mesa Coordinadora desde algunos meses antes de la apertura del mismo. Allí se decidió que la gestión general del Centro recayera en alguien elegido por las cooperativas. Varios participantes presentaron candidatos para acceder al puesto: “Nos habían dicho que uno de nosotros lo íbamos a dirigir. Presentamos currículum” (entrevista de los autores, 2015). La relación laboral iba a hacerse por medio de la inscripción en el monotributo por parte de los trabajadores, quienes facturarían mensualmente al IMFC el monto del estipendio. Luego de evaluar alternativas, acordaron que la responsabilidad de la administración del Centro de Acopio recayera en la hija del presidente de la Cooperativa La Reconquista (del Partido de Tres de Febrero) porque había terminado la enseñanza media, tenía “buena presencia” y era afable en trato con otras personas, y principalmente, porque tenía experiencia en ese cargo por cumplir la misma función en la cooperativa que había creado su padre. Sin embargo, propuesta por el referente institucional del IMFC, quien termina ocupando ese rol es una persona ajena a las cooperati-

¹⁴ Además de los testimonios de los entrevistados, los contenidos del Convenio fueron extraídos de un cuadernillo elaborado por Idelcoop para las capacitaciones vinculadas a este emprendimiento (Idelcoop, 2004).

vas. Al respecto resultan esclarecedoras las palabras de un entrevistado, tanto para ilustrar la distancia entre la planificación y los hechos, como para dar cuenta del rol que cumplía Barros en el ámbito de la Mesa Coordinadora:

La tesorera iba a ser la hija de Benítez de la Reconquista. Eran de los primeros en integrarse. Benítez era el padraastro, ciruja de toda la vida. En la mesa habíamos convenido que los responsables de la administración éramos nosotros. Era la decisión de todos. La que estaba en mejor condición era ella. Pero Vicente planteó que hacía falta una persona de mayor edad y autoridad para esto, para estar ahí. Vicente era como el papá nuestro y el nexa con el Instituto. Y bueno, se lo aceptaron... Fue un error, pero ¿por qué ibas a pensar mal?” (entrevista de los autores, 2015).

En segundo lugar, con el correr de los meses, las cooperativas participantes de la experiencia del CA van a comenzar a recibir una serie de descuentos que no habían sido previstos ni acordados en las reuniones de la Mesa Coordinadora y que estaban en contradicción con lo que establecía el mencionado Convenio, fundamentalmente en lo referido al alquiler del CA y al transporte de los materiales (fletes).

En tercer lugar, la Mesa Coordinadora había consensuado la modalidad del procedimiento de selección de los operarios del Centro: un miembro de cada cooperativa iría de manera secuenciada, “Iba a ser rotativo para que fueran las cosas transparentes” (entrevista de los autores, 2015). Según otro entrevistado, “los puestos iban a ser rotativos: dos por cada cooperativa cada dos meses

con sueldo [...]. La Mesa iba a decidir quién iba a trabajar” (entrevista de los autores, 2015). Este ideal coincide con la descripción de Form con respecto al funcionamiento interno de la planta: “[...] los asociados a las cooperativas de recuperadores colaboraban rotativamente en las tareas anteriormente detalladas. O sea que en lugar de realizarlas en sus domicilios o en la calle, lo hacían en un lugar especialmente destinado para ello. [...]” (entrevista a Edgardo Form, 2015). La experiencia relatada por los entrevistados refleja que este acuerdo se cumplió solo al principio, y por ingresos muy inferiores a los que se habían estipulado. Todos coinciden en señalar que una vez transcurridos los primeros meses, miembros de la cooperativa Carreros Unidos (Campana) fueron los que se hicieron cargo de llevar a cabo las tareas cotidianas dentro del galpón. Se trataba de un grupo caracterizado por padecer condiciones más humildes que el resto: “Ellos contaban las moneditas para ir y venir desde muy lejos. Venían de vivir en el medio del basural de Campana” (entrevista de los autores, 2015), por lo que se habilita un modo de organización para que duerman en el mismo lugar de trabajo; de acuerdo a los testimonios recogidos, si bien las condiciones de habitabilidad no eran buenas, la opción de ir y volver a Campana resultaba inviable.

Al parecer, luego comienzan a trabajar como operarios personas contratada por fuera de las cooperativas: “[...] empezaron a venir muchas nuevas cooperativas, entonces las que estaban en funcionamiento con las que venían nuevas no había espacios [...] Habían elegido a [...], las personas que no tenían la mínima idea de todo eso y las habían

elegido para llevar el proyecto adelante” (entrevistas de los autores, 2015). Según uno de los entrevistados, de la mano de los referentes del IMFC ingresa más gente a la Mesa Coordinadora y al CA. “Vamos a ser solidarios decía. Pero empezaba a ser avasallador, cada vez tenían más voz” (entrevista de los autores, 2015), refiriéndose al referente del IMFC en la Mesa. Estas personas provenían de los movimientos de desocupados y son sumados a cooperativas o se conforman como nuevas cooperativas.¹⁵

Sobre los tipos materiales y las cantidades que se acopian

Según información brindada por el IMFC, en diciembre de 2004 se recibieron los siguientes materiales: alto impacto, film cristal, film color, corrugado, papel azúcar, papel blanco, papel diario, pet blanco, pet color, polipropileno, polipropileno 1^a, revista, soplado, tapita, tetra, strich, trapo jean, trapo algodón, vidrio. En relación con la cantidad y tipo de materiales acopiados y preparados para la venta, a un mes de haber comenzado el trabajo en el Centro de Acopio, según Barros, “[...] hemos superado las 150 toneladas de papel y cartón, cantidad que nos permite conversar con las empresas más importantes del país. En cuanto a otros productos como el PET (materia prima de las botellas de plásti-

co), lo recibimos de las cooperativas, lo enviamos para molerlo y lo vendemos a un valor muchísimo más alto que el que podría obtener cualquier cartonero por su cuenta” (ACI Américas-IMFC-Idelcoop, 2003). Sin embargo, según los entrevistados, en ocasiones cesaba la compra de cartón o la de vidrio y se compraba más chatarra, metales u otros materiales. Según Form, esto se debía a cambios estacionales en los precios del mercado mundial y en la dificultad para vender determinados materiales, ya sea directamente a los recicladores industriales o a los grandes intermediarios. Otras veces la razón se vinculaba con el límite de la capacidad de acopio del galpón. Esto implicaba para las cooperativas el retraso en las posibilidades de ventas, en la recuperación de capital y por lo tanto en la compra a los recolectores individuales que realizan en sus respectivos depósitos. “Nos recibían tres camiones de cartón por semana, si queríamos bajar más ya había problemas” (entrevista de los autores, 2015).¹⁶

Tanto por razones de escala (en relación con las cantidades comercializadas) como por solidaridad con los recolectores (evitar que tengan que trasladarse a otros lugares para vender), las cooperativas eran “polirrubro” o “generalistas”, es decir que compraban distintos tipos de materiales. Al no poder entregarlos todos al CA, seguían vendiendo estos productos a otros intermediarios. La ex-

¹⁵ Según registros internos facilitados por miembros actuales de la conducción del IMFC, este proceso de inclusión de nuevas cooperativas comienza a mediados del año 2004 y culmina en marzo de 2005. El ingreso de nuevas cooperativas como Cooperativa de La Matanza y Cooperativa El Abuelo coincide con el alejamiento de El Orejano, Re.Na.Ser y Reciclando Sueños.

¹⁶ Por ejemplo, según los registros contables del IMFC, la cantidad de kilogramos entregados entre el 1 y el 15 de diciembre de 2004 fueron: El Orejano, 37.977 kg; Carreros Unidos, 13.101 kg; Re.Na.Ser, 10.289 kg. El resto de las cooperativas, que son la mayoría, no supera los 10.000 kg enviados.

clusividad en la venta al CA, si bien era un compromiso asumido ante la Mesa Coordinadora, no pudo ser sostenida por las cooperativas por mucho tiempo. Cuando la administración comienza a limitar las cantidades y los tipos de materiales que recibe, inevitablemente se confía en esos contactos con otros intermediarios que nunca se habían roto: “8.500 kg de cartón juntábamos, y le entregábamos 3 a ellos. Después empezábamos a vender a otros porque los compañeros de la calle nos exigían que les compremos” (entrevista de los autores, 2015). Debe tenerse presente que las transacciones con estos intermediarios son cobradas en el mismo momento de la venta, mientras que en el caso del CA transcurrían varios días hasta el envío del adelanto. La postergación por parte del Centro de Acopio en el recibimiento de determinada categoría de materiales y el diferimiento del pago de los adelantos restringía las posibilidades de las cooperativas para poder seguir con la actividad.

Sobre la logística

Otra situación a tener en cuenta se relaciona con la ubicación del CA y los gastos ocasionados por el traslado de los materiales. Los entrevistados mencionan que en la Mesa Coordinadora se acordó que el lugar en el que funcionaría debería estar estratégicamente ubicado, y los gastos en logística iban a estar subsanados primero con el alquiler y luego la compra de dos camiones. La mayor parte de las cooperativas se localizaban en las zonas sur y oeste del Gran Buenos Aires (Avellaneda, Quilmes, Lanús, La Matanza, Morón, Liniers, La Boca, Ba-

rracas, entre otras), pero el CA se ubicó en el primer cordón de la región noreste del AMBA, cercana solamente a El Orejano. El alquiler de estos dos camiones nunca se concretó, pero se pagaba por flete realizado a una empresa de La Matanza y los gastos de transporte se dividían entre todas las cooperativas, según registros internos del IMFC (IMFC, s/f) y varios testimonios.

Algunas cooperativas solventaban el traslado de los materiales desde su sede hasta el CA con recursos propios, pero la situación las desfavorecía. No solo porque las transacciones se realizaban al mismo precio que a los que necesitaban el envío de fletes, sino porque ese era un gasto que se socializaban entre todas las cooperativas. Cabe mencionar que desde el IMFC también se señalaron inconvenientes relativos a la implementación de la dinámica organizativa, mencionando que en varias oportunidades ni la calidad ni el peso de los materiales declarados por las cooperativas, y en relación con los cuales se realizan los adelantos, eran los que efectivamente se recibían en el CA. De hecho, esto fue reconocido asimismo por uno de los entrevistados, quien haciendo referencia al sistema de clasificación dijo: “Todos lo mandaban [al material] de manera distinta. En esas condiciones, los precios eran muy bajos o directamente no se vendía” (entrevista de los autores, 2015). En algún momento se pagaba de manera diferenciada el kilogramo de papel, plástico o metales según las condiciones en que llegaran al Centro de Acopio, sin que hubiera una capacitación o información acerca de cómo debían hacerlo de acuerdo a quién era el comprador y qué calidades aceptaba. El reclamo al IMFC era constante y compartido por todas las cooperativas:

“Necesitamos capacitación técnica para reconocer lo que se tiene entre manos, para diferenciar por ejemplo dentro de los metales un no ferroso de fundición de un no ferroso de aleación” (IMFC, s/f). Falta “[...] explicar que no es lo mismo el pet sucio que limpio para moler, que tiene más valor cuando está limpio” (IMFC, s/f). Otro ejemplo de falta de criterio unificado para clasificar es ilustrado por otra cooperativa: “las guías de teléfono no es lo mismo entera que si les sacan las tapas y el borde que tiene el pegamento, tiene otro precio, otro valor” (IMFC, s/f).

Las acusaciones respecto de la diferencia entre el peso real de la mercadería entregada al CA eran compartidas por las partes. Los cooperativistas dicen que lo que se pesa en el CA es menor que lo pesado antes de enviar el material en balanza pública. El operario de una de ellas, que había sido asignado al CA de modo regular, le cuenta al referente entrevistado que el engaño en el pesaje era una constante, que también se lo habían hecho a Re.Na.Ser. Según este operario, la manobra era conocida por la administración del CA.

Sobre el final del CA

De acuerdo a los cálculos que pudimos hacer sobre la base de información del IMFC (IMFC, s/f), la venta mayorista acumulada a marzo de 2005 era apenas un 12,56% superior a la suma de los adelantos por las compras de esos materiales abonados en calidad de adelantos a las cooperativas, y apenas un 1,5% superior si se agregan los costos de fletes. Si, además, se agregan los gastos de alquiler, impuestos y servicios del CA, pagos al personal, limpieza, insumos, reparacio-

nes, viáticos, etc., se aprecia con claridad que la experiencia resultaba a todas luces deficitaria.

Según los registros internos, las últimas transacciones del CA parecen haberse realizado entre abril y agosto del año 2006 (IMFC, s/f). Teniendo en cuenta los problemas identificados en el punto anterior, los argumentos y las experiencias narrados por los actores sobre el fin de su participación en el proyecto también son divergentes. En primer lugar, citamos los argumentos de Edgardo Form, quien reconoce que la experiencia fracasa por variables macroeconómicas y/o de los precios internacionales. En segundo término, Form alude al hecho de que las cooperativas no envían material adecuadamente preparado para la venta conjunta y tampoco logran evadir la cadena de intermediarios:

La cantidad de materiales crecía a un ritmo importante, pero no así su venta. Había razones estacionales y otras relacionadas con la situación económica [...]. Además, había exigencias de tipificación de materiales y muchas veces se recibían cargamentos de componentes heterogéneos, lo cual acentuaba la dificultad para su comercialización. [...] No se pudo llegar, en la mayoría de los casos, a las fábricas procesadoras porque existían estructuras de intermediación que obstaculizaban el acceso de los destinatarios finales de los diferentes materiales (entrevista a Edgardo Form, 2015).

Pero el alejamiento de las cooperativas de la órbita del IMFC se había dado en forma paulatina incluso desde los primeros meses de funcionamiento del CA, y con independencia de la consideración de factores estructurales, los tes-

timonios lo atribuyen a las fallas en el funcionamiento de CA y la relación con el IMFC. Jorge Martínez de El Orejano se ve muy perjudicado cuando comienzan a impedirle la descarga de mercadería. Continúa un tiempo vendiendo a otros intermediarios con los que mantenía relación antes de conocer al IMFC. Finalmente, dejan la actividad aunque no dan de baja a la matrícula de la cooperativa. Virginia Pimentel de Re.Na. Ser es una de los primeros miembros que se aleja de la Mesa Coordinadora. Después de la muerte de Chanchuli (referente de su cooperativa) y a solo tres meses del inicio del funcionamiento del CA, los “malos manejos” de quienes quedan a cargo del galpón de la cooperativa en La Matanza definen su alejamiento. Pero además, atribuye su alejamiento a que el IMFC no lleva adelante el proyecto tal como se había acordado. Valentín Herrera de Reciclando Sueños sostiene hasta 2005 su compromiso con el IMFC, incluso sin recibir semanalmente el pago por los materiales ya entregados. Él es uno de los que los traslada con camión propio desde su cooperativa hasta el CA. Cree que “había cosas raras”, ya que a veces llegaba y el galpón estaba vacío, cuando antes le habían dicho que no llevara por la falta de espacio para el acopio. De todos modos, su cooperativa funcionaba bastante bien y casi exclusivamente gracias a la venta para el CA. Sin embargo, a principios de 2005, su separación del proyecto sucede de manera abrupta: luego de denunciar ante las autoridades del IMFC un mal funcionamiento en la gestión del CA, se le cierra la cuenta del Banco Credicoop en la que se le depositaba el adelanto y la liquidación final por el material vendido. De acuerdo a los casos ana-

lizados, el cierre de la cuenta de las cooperativas en el Banco Credicoop parecería ser la operativa por la cual el IMFC ponía fin a la relación comercial. El caso de la Cooperativa del Oeste es diferente. Jorge Olmedo solicita al IMFC la devolución de la carga impositiva que se la había descontado durante los tres años de funcionamiento del CA e incita a las cooperativas que aún permanecían (como Alicia Moreau de Justo, Almafuerte y Campana) a que hagan lo mismo. Desconoce si lo hicieron, pero él recibe la casi totalidad de la suma solicitada e inmediatamente su cuenta también es cerrada, lo que no le impide seguir con las transacciones de reciclables a través de la venta a intermediarios y continuando en el galpón de La Matanza con la misma cantidad de operarios.

A modo de primer balance de una experiencia inédita

Tanto para los miembros del IMFC como para los cooperativistas, la experiencia vinculada a la constitución de la Mesa Coordinadora, al proceso de diálogo, construcción, consensos e intercambios del período inicial parecen haber sido lo más valioso de un proyecto que, en la fase ligada a la implementación del CA colectivo para la venta mayorista resultó económicamente deficitaria y terminó por alejar a las cooperativas de cartoneros de la órbita del IMFC, y al IMFC de su vinculación con estos actores y su problemática, meta que se había dado como parte de su proceso de “refundación”. Las relaciones contradictorias entre el funcionamiento real de dicho CA y los supuestos que lo habían auspiciado

no encuentran razones suficientes solo en argumentos vinculados de un lado a un necesario gerencialismo que encuentra resistencias entre los cooperativistas, o en el acuse de malas prácticas y actitudes poco solidarias de otro. Tampoco, en el malestar que podría generar el hecho de que las decisiones en la Mesa Coordinadora se caracterizaran por el debate y la búsqueda de consensos, mientras que la administración del CA se basaba en resoluciones prácticas inmediatas y autonomía en la toma de decisiones. Resulta fundamental comprender que dichos supuestos deben revisarse, y que el circuito productivo ligado al reciclaje tiene lógicas de mercado específicas, que tienen que conocerse para poder desenvolverse con eficiencia.

En relación con los supuestos, del análisis de las entrevistas realizadas y la documentación citada, percibimos dos tópicos que si bien en general no prescriben acciones concretas, sí perfilan las interpretaciones con respecto a los problemas a los que se enfrentó la puesta en marcha del proyecto. En primer lugar, las presunciones acerca de cierta “moralidad” existente en las acciones asociativas de los sectores pobres o marginados y el modo en que esa esfera moral debe influir en las acciones concretas que estos sectores lleven a cabo como colectivos (en este caso como cooperativa). Según los discursos analizados, el IMFC cree y apuesta a que por medio de acciones solidarias es posible empoderar a sujetos individuales identificados con la pobreza y una actividad

en común (juntar y vender materiales reciclables), y transformarlos a través de su participación en cierto número de talleres de capacitación, en sujetos colectivos que realizan acciones concretas en pos de esa construcción colectiva.¹⁷ Precisamente, como balance de la experiencia, escuchamos desde el IMFC atribuir el fracaso a una ontológica ausencia de esta moralidad, o en todo caso, a la falta de mayor capacitación. Según las expectativas del IMFC y los dirigentes cooperativistas, al pensar en este proyecto, los cartoneros y asociados de las cooperativas no habrían actuado de ningún modo cercano a lo esperable para el comportamiento de su clase.¹⁸ La preeminencia de acciones individualistas, el fraude, el engaño y la falta de solidaridad entre los mismos miembros asociados y entre las cooperativas, fueron variables no esperables en el momento de la formulación del proyecto y simbolizaron en gran medida su fracaso. Del mismo modo, Carenzo y Miguez (2010) sostienen luego de un exhaustivo relevamiento de la literatura sobre cooperativas de cartoneros, que los trabajos distinguen al “cirujita individual” del “cartonero cooperativizado” porque el primero se encuentra signado por “individualismo, informalidad y precarización”, mientras que los segundos se distinguen por su “formalidad, dignificación y solidaridad”. Se da por hecho que el pasaje es prácticamente automático con el solo hecho de formar parte de una cooperativa, sin tomar en cuenta los obstáculos y problemas que los emprendimientos deben enfrentar para su organización.

¹⁷ El debate sobre la moralidad y su relación con lo esperable según diferentes perspectivas ha sido y es fruto de constantes controversias en las ciencias sociales. En este sentido, remitimos al trabajo de Fernando Balbi (2011).

¹⁸ Sobre moralidad y clase, remitimos al ya clásico trabajo de Thompson y Fontana (1979).

En relación con las particularidades de este negocio son varias las aristas que se desconocieron. Entre otras: en los niveles más bajos del encadenamiento productivo, la transacción de material reciclable se realiza en efectivo y en el acto, dado que los recolectores necesitan el dinero diariamente para garantizar su subsistencia y la de su familia, mientras que los depósitos acopiadores más chicos (como los casos de las cooperativas ligadas a esta experiencia) requieren de capital para seguir comprando; a los materiales que a simple vista pueden identificarse como pertenecientes a una misma categoría (“papeles”) y por consiguiente tener una sola cotización, un ojo experimentado es capaz de encontrarle subdivisiones que implican variaciones de precios sustanciales (“blanco”, “segunda”, etc.); variaciones de pocos centavos en los precios de compra como consecuencia del examen de la calidad del material que se adquiere, resulta una práctica esencial para evitar pérdidas económicas al momento de las ventas; las ventas mayoristas requieren de conocimiento del mercado y sus actores para alcanzar a ser significativamente superiores a las compras minoristas, no es algo que se realiza de facto; el traslado del material para su acopio o venta final incluye un importante costo de flete que no debe soslayarse, y ello explica la dinámica de intereses económicos que configuran la existencia de territorialidades en los circuitos del reciclaje (Lacabana, Schamber y Moreno, 2015).

Al socializarse entre las cooperativas ciertos costos del CA (como alquiler, servicios, impuestos, fletes), no solo se resiente la relación entre ellas y el IMFC, dado que esto entraba en contradicción

con lo convenido como “reglas del juego”, sino que pasan las cooperativas a duplicar los gastos, sumando los colectivos a los individuales.

En la tesis doctoral defendida recientemente, S. Sorroche sostiene haber registrado “innumerables encuentros con agentes estatales y técnicos de ONG que sostenían que era posible sustentar las experiencias (cooperativas de cartoneros) a través de la venta de los residuos recuperados” (Sorroche, 2016, pp. 192 y 193). Sin embargo, los datos obtenidos en esta investigación tensionan fuertemente estos postulados, al poner en evidencia que los precios de los materiales no permiten el sostenimiento de un emprendimiento cooperativo, con todos los gastos que este conlleva (alquileres, servicios, impuestos y logística).

Edgardo Form sostuvo como balance y conclusión de la experiencia que “la organización, el financiamiento y la sustentabilidad de este tipo de emprendimientos solo pueden garantizarse mediante políticas públicas aplicadas por el Estado, ya sea nacional, provincial o municipal” (entrevista a Edgardo Form, 2015). En parte, su posición descansa en el hecho de que hay costos asociados a la formalización de las intervenciones en el sector que hacen inviable la competencia contra quienes no los afrontan. Debe reconocerse que es económica y no filantrópica la razón por la que el sector industrial consume residuos reciclables como materia prima en sus procesos productivos, es decir, aquello que justifica que se practique el reciclaje industrial. Los beneficios ambientales derivados de tal circunstancia (la razón ecológica), son algo más, un plus, una mácula que tiñe la acción además como políticamente correcta. El beneficio eco-

lógico es la consecuencia fortuita de la búsqueda de reducción de costos de la industria que recicla. No existe ningún estímulo al incremento del consumo de material reciclado por parte del Estado nacional. La situación es de absoluto *laissez faire*, libre oferta y demanda en un mercado liberado del intervencionismo estatal.

Sin embargo, eso no implica que quienes impulsan desafíos productivos que involucran a los sectores populares no deban responsabilizarse por alentar emprendimientos que fácilmente pueden preverse como económicamente inviables, basados muchas veces en supuestos que atribuyen identidades esenciales que demonizan a los intermediarios y angelizan a las cooperativas, en vez de basarse en estudios empíricos que describan con rigor el

funcionamiento real del sector donde se pretende intervenir. Como señaló Bartolomé, dicha actitud “para nada infrecuente, oculta sentimientos de paternalismo y en última instancia de desprecio que, aunque ardorosamente negados, se hallan implícitos en el supuesto de que ‘los pobres son diferentes’, y en suponer que sus motivaciones son siempre justificables, o que siempre eligen lo que es mejor para ellos. En otras palabras, la pobreza no es una virtud franciscana que necesariamente purifica a quienes la padecen, como así tampoco la ‘riqueza’ (y/o el poder) trasunta necesariamente una virtud puritana (o, a la inversa, evidencia de por sí corrupción moral)” (Bartolomé, 2014).

(Recibido el 6 de mayo de 2016.)

(Evaluado el 2 de julio de 2016.)

Referencias bibliográficas

- Algacibiur, G. y P. Schamber (2008), “Cooperativa El Ceibo: de los subsidios a la sustentabilidad”, *Residuos. Revista Técnica*, año 18, N° 104.
- Álvarez, R. (2015), “José León Suárez, capital de la basura. La política de residuos sólidos urbanos enfocada desde un caso local”, Suárez, F. y P. Schamber (comp.), *Recicloscopio IV. Miradas sobre dinámicas de gestión de residuos y organización de recuperadores*, Buenos Aires, Ediciones UNGS-UNLA.
- Arévalo, O. (1983), *El Partido Comunista*, Buenos Aires, CEAL.
- Balbi, Fernando (2011), “Sobre la orientación moral de los comportamientos y los usos prácticos de las orientaciones morales”, en *Actas del X Congreso de Antropología Social*, Buenos Aires.
- Bartolomé, L. (2014), “El extranjero profesional y la tentación fáustica: la antropología frente a los programas de desarrollo”, *Avá. Revista de Antropología*, N° 25. Disponible en <<http://www.ava.unam.edu.ar>>.
- Camarero, H. (2001), “Los comunistas argentinos en el mundo del trabajo, 1925-1943. Balance historiográfico e hipótesis interpretativas”, *Ciclos*, N° 22.
- Carenzo, S. y P. Miguez (2010), “De la atomización al asociativismo; reflexiones en torno a los sentidos de la autogestión en experiencias asociativas desarrolladas por cartoneros/as”, *Revista Maguare*, N° 24, Universidad Nacional de Colombia.

- De Lucca Reis Costa, D. (2007), “Márgenes en el centro. Calle, catación y basura en el centro de Sao Paulo”, en Schamber, P. y F. Suárez (comp.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina*, Buenos Aires, UNGS / UNLA / Ciccus / Prometeo.
- Escliar, V., L. Mutuberría, M. Rodríguez y P. Rodríguez (2005), “Cartoneros: ¿Una práctica individual o asociativa? Ciudad de Buenos Aires”, Cuaderno de Trabajo N° 75, Buenos Aires, Departamento de Economía Política, Centro Cultural de la Cooperación.
- Fajn, J. (2002), “Cooperativa de recuperadores de residuos. Exclusión social y Autoorganización”, Cuaderno de Trabajo N° 2, Buenos Aires, Departamento de Ciencias Sociales, Centro Cultural de la Cooperación.
- Ferreira Baptista, V. (2015), “As políticas públicas de coleta seletiva no município do Rio de Janeiro: onde e como estão as cooperativas de catadores de materiais recicláveis?”, *Revista de Administração Pública*, Río de Janeiro, N° 49, enero-febrero.
- Gorbán, D. (2005), “Formas de organización y espacio. Reflexiones alrededor del caso de los trabajadores cartoneros de Olmedo León Suárez”, tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires.
- (2006), “Trabajo y cotidianeidad: el barrio como espacio de trabajo de los cartoneros del Tren Blanco”, *Trabajo y sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, vol. VII, N° 8, Santiago del Estero.
- (2014), *Las tramas del cartón. Trabajo y familia en los sectores populares del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial Gorla.
- Lacabana, M., P. Schamber y F. Moreno (2015), “Subsistemas económicos, territorio y ambiente. El reciclaje en el conurbano sur de Buenos Aires”, *Proyección*, Instituto CIFOT, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, vol. IX, ed. 18, agosto, pp 118-145. Disponible en <<http://www.proyeccionrevista.com.ar>>.
- Maldovan Bonelli, J. (2014), “Del trabajo autónomo a la autonomía de las organizaciones. La construcción de la asociatividad en las cooperativas de recuperadores urbanos de la ciudad de Buenos Aires, 2007-2012”, tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires.
- Martínez Fernández, M. (2015), “Una marca de origen: APyME y el cooperativismo de crédito”, *Páginas. Revista Digital de la Escuela de Historia*, año 7, N° 13. Disponible en <<http://paginas.rosarioconicet.gob.ar/ojs/index.php/RevPáginas>>.
- Paiva, V. (2004), “Las cooperativa de recuperadores y la gestión de residuos sólidos urbanos en el área metropolitana de Buenos Aires 2003”, *Theomai. Estudios sobre sociedad, naturaleza y desarrollo*, número especial, Buenos Aires.
- Perelman, M. (2008), “De la vida en la Quema al trabajo en las calles. El cirujeo en la Ciudad de Buenos Aires”, *Avá. Revista de Antropología*, vol. 12, Programa de Posgrado en Antropología Social de la Secretaría de Investigación y Posgrado de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones.
- Plotinsky, D. (2003), “Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos. Breve historia”, Buenos Aires, Archivo Histórico del Cooperativismo de Crédito. Disponible en <<http://www.archicoop.com.ar/documentos/imfc.pdf>>.
- Próspero Roze, J. (2006), “Cooperativas: entre la solidaridad y las leyes de la acumulación del capital”, *Avá. Revista de Antropología*, N° 8, Programa de Posgrado en Antropología Social de la Secretaría de Investigación y Posgrado de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones.
- Rofinelli, G. (2003), “1º Congreso Latinoamericano de Cartoneros. Brasil, enero 2003”, *Idelcoop*, vol. 30, N° 149.

- Sabate, F. (1999), *El Circuito de los Residuos Sólidos Urbanos. Situación de la Región Metropolitana de Buenos Aires*, Buenos Aires, Instituto del Conurbano, UNGS.
- Saraví, G. (1994), “Detrás de la basura: cirujas. Notas sobre el sector informal urbano”, en AA.VV., *La informalidad económica. Ensayos de antropología urbana*, Buenos Aires, CEAL.
- Schamber, P. (2007), *De los desechos a las mercancías. Una etnografía de los cartoneros*, Buenos Aires, Editorial SB.
- (2012), “De la represión al reconocimiento. Derrotero de la política pública hacia los cartoneros en la CABA (2002-2011)”, *Perspectivas de Políticas Públicas*, año 2, N° 3, julio-diciembre, Ediciones de la UNLa.
- y F. Suárez (2002), “El cirujeo y la gestión de los residuos. Un acercamiento exploratorio sobre el circuito informal del reciclaje en el conurbano bonaerense”, *Realidad Económica*, N° 13, octubre, Instituto Argentino para el Desarrollo Económico.
- (2011), *Recicloscopio III. Miradas sobre recuperadores urbanos, formas organizativas y circuitos de valorización de residuos en América Latina*, Buenos Aires, Ciccus / UNLa / UNGS.
- Sorroche, S. (2016), “Gubernamentalidad global y vernaculización en la gestión de los residuos. Análisis etnográfico desde la experiencia de cooperativas de cartoneros en el Gran Buenos Aires”, tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires.
- Suárez, F. (1998), “Que las recojan y arrojen fuera de la ciudad. Historia de la gestión de los residuos sólidos (las basuras) en Buenos Aires”, Documento de Trabajo N° 8, Buenos Aires, UNGS.
- (2001), “Actores Sociales de la Gestión de Residuos Sólidos de los Municipios de Malvinas Argentinas y Olmedo C. Paz”, tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires.
- Svampa, M. (2005), *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus.
- Thompson, E. y J. Fontana (1979), *Tradición, revuelta y consciencia de clase: estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica.

Fuentes documentales

Acción, N° 850 a N° 931.

ACI Américas-IMFC-Idelcoop (2003), *Informe Taller de Cooperativas de Recuperadores de Residuos*. Disponible en <http://www.aciamericas.coop/IMG/pdf/INFO023_INaRo3.pdf>.

Idelcoop (2004), “Memorias del Encuentro de Trabajo realizado el día 23 de septiembre de 2004 en el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos”, *Ciclo de Talleres de Formación*, Buenos Aires, Idelcoop.

Idelcoop, vol. 31, N° 152.

IMFC (s/f), *Documentos de circulación interna*, s/d.

Autores

Pablo Javier Schamber es licenciado en Antropología Social (Universidad Nacional de Misiones), doctor en Antropología (FFyL-UBA). Docente-investigador adjunto de la UNLA e investigador de la UNQ en el Programa Institucional Interdisciplinario de Intervención Socioambiental (PIIDISA). Investigador independiente Conicet-UNQ. Consultor de organismos públicos nacionales y municipales en temas referidos a reciclaje e inclusión social.

Publicaciones recientes:

— y F. Suárez (2015), *Recicloscopio IV. Miradas sobre dinámicas de gestión de residuos y organización de recuperadores*, Buenos Aires, Ciccus / UNLA / UNGS.

María Eugenia Bordagaray es profesora en Historia (UNLP), doctora en Historia (UNLP) y becaria posdoctoral Conicet.

Publicaciones recientes:

— (2016), “Mujeres, obreros y universitarios: la interpelación anarquista en tiempos del peronismo. Argentina, 1946-1952”, *Pacarina del Sur*, año 7, N° 26, enero-marzo. Disponible en <www.pacarinadelsur.com/index.php?option=com_content&view=article&id=1270&catid=5&Itemid=9>.

— (2016), “La dimensión biográfica en la configuración de los colectivos libertarios en Argentina (1920-1950)”, *Izquierdas*, N° 27, marzo, Universidad de Santiago de Chile. Disponible en <<http://www.izquierdas.cl/images/pdf/2016/n27/2.Bordagaray.pdf>. Correo electrónico: eugebordagaray@yahoo.com.ar>.

Cómo citar este artículo

Schamber, P. J. y M. E. Bordagaray, “Notas acerca de la Experiencia del Centro de Acopio de residuos reciclables (AMBA, 1999-2006)”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 9, N° 31, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2017, pp. 157-177, edición digital, <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/408-revista-de-ciencias-sociales-n-31-php>>.